

siguen empleando los soviéticos. El terror policial sistemático, las deportaciones masivas y los campos de exterminio, las matanzas colectivas (incluso de carácter eugenésico, en septiembre de 1792, modelo de la operación T4 nazi), el genocidio de todo un pueblo —el vandeano— por osar alzarse en defensa de su fe, las tácticas de saqueo sistemático en los territorios europeos invadidos por los ejércitos “liberadores” de la República...

El último capítulo se dedica a considerar los efectos más amplios y profundos de la sacudida revolucionaria y de la perduración en el tiempo de su espíritu: la muerte de la identidad francesa, la muerte del cristianismo y de la civilización occidental, víctimas de un individualismo egoísta y esterilizador tendente, por vía de extinción demográfica y depauperación económica, a eliminar a Europa de la cúspide de los pueblos desarrollados.

Muy interesante es el análisis que Dumont hace de los efectos devastadores que, en determinadas regiones de Francia, tuvo la existencia en ellas de un sector numeroso del clero constitucional, cuyo talante era revolucionario, progresista, desacralizador. El mapa actual de las regiones donde predomina la incredulidad en Francia coincide con el de aquéllas donde los constitucionales eran más abundantes. “Tema éste —observa Dumont— de vibrante actualidad y digno de meditación. Recientemente, en efecto, en el post-Concilio Vaticano II, entre los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, la abdicación del sacerdocio o de la vida consagrada ha sido casi tan masiva y sorprendente como en el año II. Y es necesario constatar que esta nueva abdicación ha manifestado una misma permeabilidad a las ideas reinantes, y pronunciado la misma denuncia de los valores y del ‘fanatismo’ del pasado. Peor aún: hay que dejar constancia, esta vez, de una caída considerable de la práctica religiosa en el pueblo que ha sucedido a esa abdicación clerical y esa denuncia del pasado”.

Un libro, pues, importante, que se publica en el momento oportuno para preparar a los católicos a una celebración en la que tienen mucho que decir, aunque su voz disuene en el concierto de las apoloías oficiales.

ANDRÉS GAMBRA.

Javier Nagore Yarnoz: DEFENSA DE LA NAVARRIDAD (*)

De nuevo sube a la palestra este esforzado defensor de la Tradición, en un momento de confusión y cambio, para dar testimonio de la identidad e integridad de la muy española Navarra.

(*) Ediciones Dyrsa; Madrid, 1987; 286 págs.

Durante estos últimos casi treinta años, Javier Nagore, prestigioso notario navarro, no ha dudado en salir a la prensa diaria para hacer frente a la revolución antiespañola y antinavarra. Porque hay esto de significativo en la defensa de la Navarridad: que es, al mismo tiempo, una defensa de la Hispanidad. Por eso este libro no es más que una reafirmación, más de medio siglo después, de aquella otra de la Hispanidad que escribió Ramiro de Maeztu en contra de la revolución antiespañola de tu tiempo. Como dice nuestro autor en su prólogo, "la defensa de esa unidad dentro de la Patria común, de España, es la defensa del ser de Navarra, a la vez que de la misma España".

De más de seiscientos artículos publicados en distintos periódicos y revistas nacionales y regionales, el autor ha elegido tan sólo 85, con el fin de no incurrir en repeticiones, que son inevitables y necesarias cuando se trata de defender una causa, día a día, contra los constantes tópicos del adversario.

La parte más extensa del libro se refiere a la "foralidad" (1-39), como es comprensible por la profesión jurídica del autor, figura destacada en los trabajos de fijación del derecho foral de Navarra, plasmada sobre todo en el "Fuero Nuevo" de 1973, del que él fue artífice muy relevante, una ley que corre hoy el peligro de quedar malamente deteriorada, tanto por el poco afortunado "Amejoramiento" democrático como por la nueva legislación centralista, que ha introducido reformas imprudentes y, en todo caso, contrarias a los principios forales tradicionales —por ejemplo, en materia de derecho de familia—, por simple mimetismo de las innovaciones revolucionarias de los últimos tiempos, ante las que los navarros de hoy no parecen haber reaccionado con la suficiente energía, salvo excepciones como las del autor.

La segunda parte del libro (40-69) se refiere a la "identidad" de Navarra, tema álgido en estos momentos, en que se cierne la amenaza de anexión como consecuencia de una guerra terrorista de la que parece ir siendo vencedor el que la hace sin encontrar enemigo, como guerra unilateral no contestada.

La tercera parte, más breve (70-85), se enfrenta con la debilidad que padecen los que debieran defender la "unidad" y la "identidad" amenazadas; incide así en la crítica de la incapacidad de las llamadas "derechas" de Navarra para saber sacrificar intereses personales en aras de esa Navarridad cuya defensa inspira el libro entero.

Cierra estas tres partes un epílogo, en el que aparecen formulados siete principios capitales, que son como el resumen de la obra entera: la firmeza de una Navarra indivisible y no anexionable a un pueblo vecino; la libertad civil de los navarros; la necesidad de que

los grupos políticos de Navarra sean propiamente regionales y no dependan de instancias centrales, siempre reacias a comprender el foralismo; la revisión del mal llamado "Amejoramiento" del derecho público foral; la reintegración de los descarriados, con caridad pero sin transigencias; la defensa, en fin, de la continuidad tradicional de las instituciones contra los influjos extraños de la actualidad.

Por último —y quizá sea la pieza más emotiva de todo el libro—, un apéndice (págs. 257-274) en el que se relata la visita de Juan Pablo II a Javier el día 6 de noviembre de 1982: "el día grande de Navarra". Es una crónica exacta, como acta levantada por el notario que es el autor, no sólo de la importancia que para Navarra tuvo esa memorable visita pontificia, sino también de los aspectos menos loables de la recepción oficial y desorganización de la concentración, en contraste con la calurosa acogida popular que se dispensó al Papa ese día.

El estilo siempre claro y sencillo, enérgico y convincente de Javier Nagore brilla en esta serie de artículos con especial eficacia, como testimonio admirable de un patriotismo constante y ejemplar. El combatiente y cronista de la Cruzada, el montañero y poeta de las cumbres se muestra aquí al gran público como un vibrante pensador político.

ALVARO D'ORS.

Fernando Medina Ruiz: EL PARAÍSO DEMOLIDO ()*

A pesar de que han pasado más de dos siglos, el tema de las Reducciones Jesuíticas del Paraguay es aún hoy en día objeto de fuertes controversias. Nos da la impresión de que se trata de una vieja herida que no ha logrado cicatrizar del todo y de la cual aún mana sangre fresca.

Sin duda alguna que el film *La Misión*, estrenado hace ya más de un año y ganador de la Palma de Oro en el Festival de Cannes de 1986, contribuyó a despertar interés por un tema que permanecía latente y dispuesto a manifestarse a la primera oportunidad.

Ahora bien, en el aspecto bibliográfico —que es el que en esta sección nos interesa de modo muy particular— diremos que el tema de las Misiones de los Jesuitas entre los indios guaraníes se ha visto enriquecido por un estudio aparecido en México en la primavera de este año.

(*) Editorial Tradición; México, 1987; 192 págs.